



MUJER FRENTE
AL ESPEJO

Pedro Peñuela

MUJER FRENTE
AL ESPEJO



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Peñuela

ISBN: 978-84-18663-86-4

ISBN digital: 978-84-18663-87-1

Depósito legal: M-13334-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A esa hermosa luz de tu mirada

LABERINTO

Un encantador junio sobre el azul de la tarde. Por los recuerdos de lo que había pasado y de lo que estaba por pasar. Recuérdame de vez en cuando. A. Bau. El salón, las fotos y el desastre de Chernóbil. Su hermano no habla muy bien de usted. Doña Gertru y el mar de Sorolla. El vestido rojo sobre la cama con baldaquín rojo. Doña Rosa y las miradas del Sardinero. El parecido, el casino y la maldad sin fondo. ¿Esperas a alguien, Anuska? Una mentira para cubrirse que la desnuda impúdicamente.

Mediaba un encantador junio sobre el azul de la tarde. Las rosas de un rojo amaranto parecían dominar románticamente la escena. Dejándose acariciar sibilinamente por la brisa masculina que se había levantado y que parecía tener en esas caricias toda su razón de ser. Unos pasos más allá, las celindas, apenas recién florecidas, parecían agitadas ante la proximidad de su puesta de largo. Dentro de un momento parecerían pensamientos vestidos chocantemente de blanco. Una incesante lluvia de jazmines caía desde el balcón del dormitorio principal. El viento que se hacía hombre en ese instante cambiaba bruscamente de rumbo. Tan bruscamente como lo haría cualquier hombre. Agitando intenciones que parecían dormir serenamente en la placidez de la tarde. Eso sintió un momento antes de desdecirse. No era tan plácida la tarde como había empezado a recordarla. Todo parecía formar un todo. El perfume de las magnolias del jardín vecino traído de la mano tan a propósito, tanto como la infelicidad del matrimonio Oblonski a la vida de Anna Karenina. El cielo por un instante se pareció al de aquella estación

de Moscú, a la trágica rima que ocurriría momentos después de conocer a Vronski y de discutir con él por última vez. No sé cómo entonces se podía esperar un tren sin ahogarse. El cielo tiene el color de tu cabello, querida Anna. No era la primera vez que se sentía pareja de una heroína como aquella. Los grises de ese pensamiento enseguida se alejaron llevados por el aire, volviendo a reinar los blancos y los rojos como hacía un momento. Desde el cenador unos hermosos ojos negros se posaron en aquellos colores fragantes de primavera. Enseguida volvieron al libro que sostenía en las manos y sobre su regazo. Un libro de poemas que rimaba con lo que ella empezaba a sentir. Ahora mismo, al recordarse, podía sentir de nuevo todo aquello. Unas rosas fragantes, unos jardines lejanos, una tarde en el cuarto de las niñas, un melancólico piano... El enorme lirismo de la poesía de don Juan Ramón Jiménez recorrió su pensamiento como una de aquellas caricias amanecidas al atardecer. Atravesando los recuerdos de lo que había pasado y de lo que estaba por pasar. Sintió un escalofrío al dejar correr las páginas hasta la dedicatoria. A. Bau. Cerró el libro remontándose a los primeros años de su matrimonio. De su infeliz matrimonio. Y apareció con su radiante juventud de entonces. Su larga cabellera cayendo por delante de sus hombros mientras el mar rompía a su espalda y las sombras se alargaban. Ana Aribau cerró los ojos. Escuchaba su voz y el rumor de las olas. Entrelazados armoniosamente. Como los recuerdos y las flores del jardín, como aquellos arpeggios que ejecutaba al piano mucho tiempo antes. Sus palabras se bañaban en el mar de hacía un instante. En su inmensidad. Caía la tarde, pero como lo hace en el estío. Lánguidamente. Como el mechón que había dejado escapar a propósito de su precioso recogido. El viento mecía sus cabellos y le había hecho cruzar los brazos como ella hacía ahora mismo en el jardín. Vendrá lo que tenga que venir y quien tenga que venir. Había sentido frío o una sensación escalofriante. No estaba del todo segura, quizás las dos cosas. Ahora mismo le había ocurrido. Las flores de su jardín agitadas por la brisa, por las palabras rizándose sobre ellas mismas; la dedicatoria

tan presente y tan pretérita, su juventud añorada y perdida. Había visto en el espejo cuando se miró esta mañana a una mujer tan distinta, tan diferente. Poco quedaba de la muchacha que había sido y que ahora parecía cosida a aquel recuerdo. Cuando llegó ayer por la tarde se sintió por un momento la de antes. Solo por un instante. Por la brevedad de un instante. Aquellos ojos, aquella suavidad, todo se había unido para engañarla. Para hacerla creer que seguía siendo la misma hasta que se asomó al espejo de su tocador. Pasaba el tiempo, pero arrasando con todo a su paso. No tenía piedad. Atrás quedaban sus encantos. En tardes como aquella en la que le regaló aquel libro dedicado. *Libros de amor*. Un título que la hizo ruborizarse como una colegiala de entonces. Los sentimientos tan desnudos, tan en carne viva. No podía darse un paso por aquella poesía sin tropezarse a cada instante con el alma encendida del poeta. Ana abre los ojos y aprieta el libro contra su pecho. Lo había conservado con el mismo cariño que aquella tarde. Su vestido rojo roció, su bajada por las escaleras sabiendo quién la esperaba en el *hall* del hotel, su paseo a la orilla del mar, sus pies descalzos y el agua helada. Llevaba sus sandalias en la mano mientras sostenía sus palabras el tiempo justo para que rimaran en sus oídos. Ojos negros basálticos. Ella vistiendo a su vestido. Eso le había dicho al pisar la arena de la playa desierta. Moría septiembre. La muerte también podía ser hermosa. Anita Aribau sonríe complacida dándole la espalda y mirando al horizonte. Una muerte verdaderamente hermosa. El cielo y el mar indisolublemente unidos. Como los girasoles y Van Gogh. Le sorprendió cuando las vio por primera vez el tamaño de aquellas flores, tanto como la profundidad de aquel recuerdo que no la había abandonado nunca. Unas gaviotas parecían perderse antes de volver sobre sus alas en dirección a la playa. Un ritornelo que vuelve sobre sus pasos. Sobrevuelan aquel recuerdo y aquella playa. Se sentaron en la balaustrada del paseo marítimo cuando el sol alargaba las sombras y tapizaba el encanto de la noche venidera. Empieza a refrescar, le dice mientras ella termina de sacudir la arena de sus pies y se calza. Sus preciosos

pies de entonces. La verdad es que a pesar de su vestido liviano no sentía frío. Antes sí. Cuando metió los pies en el agua con la falda de su vestido remangada, cuando le dijo aquellas palabras tan bien dichas. Las olas rompían antes de la orilla, pero aun así llegaban las aguas revueltas, con la espuma de donde había surgido Afrodita. La diosa del amor precisamente. Le ofrece la mano. Ana Aribau se la da y se levanta del muro de piedra con una sonrisa a la que vuelve ahora. Había tenido un presentimiento. Aquella mirada que habían cruzado la primera vez que coincidieron sus ojos. Tropezamos, pero como tropiezan las celindas al mirarlas detenidamente, como tropiezan unos labios en un beso. Mañana nos vamos muy temprano. Saldremos con el sol. No, no desayunaremos en el hotel. Lo haremos de camino. Queremos llegar temprano a Barcelona. Entonces, le habla por primera vez y por última de su afición por su Juan Ramón, por su modernismo. Ella ha leído *Platero y yo*, pero poco más. Algún poema suelto. Recuerda el que recitaba tía Úrsula con una carga de profundidad tan profunda como sus sentimientos, como sus recuerdos. Un sentimiento de nostalgia la invadió. No era la primera vez que la sentía por un presente que aún no había dejado de ser. Quizás ya intuyó que volvería muchas veces a aquella playa y a aquella tarde. La felicidad que se siente de pequeña se engrandece por una décima de segundo. Te gustará, afirma mientras se detienen un instante mirando cómo muere la tarde. No es una poesía para leer de corrido, Ana. Tenía toda la razón. Ana siente que quedará aquel azul del mar cuando la noche haga acto de presencia. Recordaré siempre ese azul, se dijo levantando la vista al cielo. Me gustaría hacerte un regalo. Un regalo de despedida. Está en mi habitación. Ana entra primero y siente el crujido de la puerta al cerrarse. Su inocencia se queda en el pasillo enmoquetado. La luz prendida le hace reflejarse en el cristal de la terraza. No están las cortinas echadas. Por un momento se contempló intentando no dejar ver la fascinación que había sentido al hacerlo. Narciso y Afrodita se reunieron lascivamente formando un todo. La habitación recogida y las maletas hechas parecen decir

que también se marcha. No había dicho nada. No me gustan las despedidas, Ana. Me ponen tristes. La joven asiente mirando sus ojos tristes con una sonrisa. Será mejor que echemos la cortina. Su vestido rojo rococó perfumado para siempre de aquel recuerdo. Se recuerda echándose un vistazo en el espejo del pasillo antes de llamar a la puerta de su habitación. Está tan hermosa con ese rojo amaranto sobre sus mejillas. Secretos como ese habían sido los pilares de su matrimonio. Las columnas griegas, se dijo llevándose por la mitología con que había vuelto a recordar todo aquello. Jaime Quintanar abre y una sonrisa a la que ella no presta atención muere casi antes de aparecer. Una muerte sinceramente hermosa. Lo prefiero triste a feliz. Un momento y estoy lista para bajar a cenar. Baja tú y escoge mesa. El restaurante del hotel estará medio vacío. Es un hotel de temporada. No importa, Jaime. Saca del bolso el libro cuando se queda a solas y lee por primera vez la dedicatoria. La había escrito atropelladamente. Tal y como habían sido al principio sus besos. Recuérdame de vez en cuando. Han pasado más de veinte años y sigue haciéndolo, de vez en cuando. Las celindas, en lo mejor del parterre, vuelven a ocupar sus ojos. Absorta en sus pensamientos la observa desde el salón Graciela Romanescu. Doña Ana parece estar tan lejos estando tan cerca. La luz de la sobremesa entra desde el jardín iluminando el amplio salón donde reina el buen gusto. De las paredes estucadas, entre otros, cuelga un Sorolla. No muy lejos de él, una fotografía que le habían tomado una tarde en Las Ramblas. Había sido poco antes de casarse. Debía ser verano, pues lucía un vestido sin mangas y generosamente escotado. Un vestido blanco. El último que llevará antes del de la boda. El blanco y negro de la fotografía potencia el contraste entre su pelo, sus ojos y su vestido corto. En cuanto vio al fotógrafo supo que no daría un paso más hasta que le tomara dicha foto. Rosalía Quintanar, su futura cuñada, observa con disgusto a la caprichosa joven. Quería su foto y no estaba dispuesta a esperar un día para tenerla. No hay otra, señorita, que esperar. Mereció la pena. Sobre la mesa había unos retratos de las niñas. Sus sobrinas.

Las hijas de su hermana mayor aparecen en primer término. Montse, Ana Elena y Julita Grau. Tenía la pequeña un minino negro entre los brazos. Posaban bajo la araucaria del jardín con el rosal blanco recién florecido al fondo. Montse Grau llevaba prendida en el cabello una rosa de color amaranto que rimaba con el hermoso vestido que llevaba Analena y con las mejillas de la pequeña Julita. Montse Aribau debía estar observando complacida cómo el fotógrafo les tomaba la foto y cómo sus distintas personalidades afloraban en ese momento. La coquetería de la mayor, el atrevimiento de la atrevida Analena y la timidez de la pequeña se hermanaban en la sonrisa con la que miraban. A su lado, en una foto más actual, Rosaura Aragón sonreía sentada en el sofá que había unos pasos más allá. Delante de él, una mesita con unas revistas. En una de ellas, una familia de la alta sociedad lamentaba el desastre de la central nuclear de Chernóbil posando con una seriedad que había alcanzado hasta al dogo que se tumbaba a sus pies. A su lado, un jarrón que Graciela acababa de vaciar. Y a la izquierda, la butaca donde solía leer. Y sobre la butaca, la novela que estaba releendo y que hubo interrumpido cuando el almuerzo estuvo servido. Ana frisaba los cuarenta. O eso decía. Tenía el cabello del color del azabache y rimaba encantadoramente con su atrevido vestido rojo. Llevaba el mismo peinado que había llevado esa tarde en la playa. Algo que no había tenido en cuenta al peinarse, se dice cruzando sus pestañas. Graciela dejó resbalar la cortina entre sus gruesos dedos y se dirigió con paso meditabundo hasta la cocina. Se colocó las manoplas y sacó del horno la bandeja de las pastas. Doña Ana se lo había pedido la tarde de ayer antes de salir. Lo había hecho con una dulzura que no solía tener con ella y que esperaba que si tuviese su repostería. Hasta había sonreído. Hoy esperaba a su hermana y quería ofrecérselas para la merienda. Era verdad que habían sido todo un éxito. Doña Gertru no terminaba con una cuando agarraba la siguiente. Debía de haber perdido el miedo al espejo, pensó esperando que la risueña Analía Aguilar también las elogiara. Así ocurrió en cuanto las probó. Podía llegar a ser encantadora.

Ana sonrió de satisfacción. Temía que todos sus desvelos por ser una buena anfitriona resultasen inútiles. Se había puesto en las torpes manos de Graciela y por fin algo bueno había salido de ellas. Tomaban la semana pasada un café en el salón. El tema del desastre nuclear y sus consecuencias estuvo en la mesa el tiempo suficiente para que todas expusieran su buen corazón. Un desastre, la verdad. Con estas palabras doña Gertru, señora de Pérez, puso el punto final para pasar a hablar seguidamente con una frivolidad que hizo sonreír a la señora Aribau. Analía le había hablado días atrás de su amiga y sobre todo de su marido. Le hicimos unos buenos trajes.

—¡Qué calor hace hoy! —exclamó doña Gertru mirando a una y a otra contertulia—. El verano ya está aquí. Anoche tuve que dormir sobre las sábanas y con la ventana abierta.

Ana piensa en la noche pasada. Ella se acurrucó bajo las sábanas a medianoche. Claro que no tenía cerca a un marido. Les ofrece unos abanicos. Doña Gertru contesta negando con la cabeza sin interrumpir su diatriba sobre el tiempo que estaba por llegar. Ella, que sentía un calor sofocante, sonrió y se abstuvo de levantarse a por uno. Era la más joven de las tres y no quería que las otras dos se mirasen cómplices, que sintieran sus edades tan próximas como la llegada de Elena Aribau. Quizás el sofoco fuera producto de haber tomado el café tan caliente. Graciela debía haber dejado hervir la leche mientras ponía oídos a nuestra anodina conversación. La señora de Pérez se queja de la repentina afición de su marido por la pintura después de bañarse un momento en la marina que cuelga de la pared. La luminosa luz de la tarde tropezó, entonces, con la oscuridad de su pensamiento. En cuanto escuchó su nombre supo que tenía que ser el mismo. Don Gervasio. Había ensayado su saludo si aparecía. Lo había visto solo una vez, en casa de su hermana, y lo recordaría para siempre. Los modales de doña Gertru parecían desentonar con el tacto con el que él había hablado de su esposa, de su ausencia. Se llevó una gran sorpresa al ver pasar al salón del brazo de Analía Aguilar a una señora como aquella. Ana no le

había confesado a su vecina que nada de lo que le contara de don Gervasio la sorprendería. No le contó nada de lo que había ocurrido en casa de Elena. Era más sensato no decir nada por poco que fuese. Una parte puede ser tanto como un todo. Don Gervasio había perseguido insistentemente el quedarse con ella un momento a solas. Ana paseaba inquieta por el jardín, por el descaro con el que aquellos ojos no habían dejado de observarla. Había dejado la conversación donde su marido teorizaba sobre poesía y más concretamente sobre la del vate de Orihuela. Su poesía amorosa estaba a la altura de la de los románticos propiamente dichos. Jaime Quintanar sostenía esa controvertida declaración observando a su preciosa mujer deambulando por el jardín. Su aplomo se descompuso, se vino abajo cuando vio a don Gervasio acercarse al lugar donde Ana se había detenido sospechosamente. O eso debía sentir él. Elena Aribau observaba su silencio y la escena con la misma delectación. Quizás aquella invitación había sido cocinada por su maldad. Una abeja había caído a la piscina y luchaba afanosamente por salvar su vida. Ana pensaba en la manera de ayudarla cuando él la interpeló.

—El verano pasado conocí a su hermano, señora de Quintanar.

Ana se volvió olvidando al insecto y mirando los oscuros ojos de él. Penetrantes, en una palabra. Se había sentido incómoda ya desde el mismo instante en que tomó con suavidad su pequeña mano y le sonrió. No debía haberse alejado del grupo. Debía haber esperado pacientemente a que su marido terminase de rimar el desamor del poeta con el suyo. De ese modo no hubiese ocurrido lo que venía a continuación y que había vuelto a recordar en el momento en que su mujer se bañaba en la Malvarrosa. Estaba dispuesta a empujarle a la piscina si se comportaba indecorosamente. A que corriera la misma suerte que debía haber corrido aquel insecto. En ese momento no se dio cuenta de que no la había mirado en ningún momento como hubiese esperado. Ahora que no estaba de por medio su marido tampoco lo hizo. Me miraba fijamente, sin pestañear, a los ojos. Don Gervasio solo quería hablarle. Contarle

que había conocido el año pasado a su hermano y que se parecían mucho. Espero congeniar con usted igual que con él. Charlamos de pintura en la terraza de su hotel. Lo hacíamos en voz baja. No se preocupe. Ana entiende que no debe seguir escuchándolo. Le enferma lo que no dice, su mirada. Se disculpa y echa a andar atravesando el jardín. Su hermano no habla muy bien de usted. Aquellas palabras parecen que están detrás de todo lo que dice doña Gertru. De la seguridad con la que sentencia todo. Su voz parece ocupar enteramente el amplio salón con las cortinas descorridas. Amueblarlo con su mal gusto. Analía Aguilar la escucha atentamente mientras la mira a ella del mismo modo. La falda corta de su vestido deja al descubierto lo mejor de sus piernas, Ana. La brisa corrió por ellas cuando salí ayer tarde al jardín. Cuando recogí unas celindas recién florecidas. Están en ese jarrón que hay sobre la mesita. Estuvieron ahí hasta hace un momento. Analía no se ha percatado de que son esas flores las que perfuman aquella mirada. Ana después de sonreírle pone su atención en doña Gertru. En su aspecto. En su doble papada, en su voluminoso pecho ocupando enteramente las manos de su marido. Apenas sabe tenerlas quietas, le confiesa Analía dando a entender lo que quiere decir y no dice. Cuando me di cuenta sus dedos hacían de marido. El mar de Sorolla paseando ceremoniosamente por la orilla de ese momento. Madre e hija pasean por la playa acariciadas por la brisa y por el pincel del maestro. Van ataviadas con sendos vestidos blancos que atrapan toda la luz de Sorolla y toda la oscuridad con la que rememora el lienzo. Ana consulta su reloj de pulsera. Las cinco y media. Elena estará al llegar. Toma el libro dedicado y se dirige al saloncito tras entrar al salón por la puerta que da al jardín. Coloca el poemario que tanto disgustó a Zenobia Camprubí junto a los otros que tanto admiró. El poeta al comienzo no sentía por ella otra cosa que rencor al escucharla al piano. Ana se sonríe recordándose al piano. El amor puede empezar incluso en las antípodas del amor. Otras veces termina sin ni siquiera haber empezado. No sé cómo Quintanar podía confundir al amor con el desamor, se dijo

pensando en su difunto marido y en su estéril matrimonio. En sus regiones esquivas y desoladas, en sus desiertos sin arena.

—No sé qué ventolera le ha dado a mi marido con la pintura —exclamó doña Gertru mirando a una y después a otra. La belleza de la señora Aribau la destempló en un primer momento. Ahora se siente de nuevo con el mismo traje de siempre.

—Manías de la edad —expuso la señora Aguilar convencida de que era lo que tenía que decir. Antes de mirar a la anfitriona se detuvo en el cuadro que colgaba encima de ella. *Paseos a las orillas del mar*. Al encontrarse sus miradas no pudo dejar de esbozar una sonrisa. Ana tomó su taza y apuró el café que quedaba en ella. Le gustaría hacer lo mismo con su vida. Apurar cada momento, cada instante. Desde que había llegado a la ciudad no había hecho otra cosa que aburrirse. Su vida había envidado con ella.

—Ayer mismo llegó con otro cuadro.

—¿De Sorolla? —preguntó Analía sin borrar del todo su media sonrisa. Recuerda a Elena citando a su hermana y al pintor valenciano en la misma frase. Ahora está segura de que Ana no ha dicho toda la verdad. Debía haberle conocido y debía haber dejado su impronta en él. Ana se da cuenta de lo que sospecha al ver que le sonrío picaronamente con los ojos. Debía querer ocultar que su vestido había ocultado también sus manos.

—No sé. Otra mujer en la playa —contestó doña Gertru a la par que se preguntaba la razón de su sonrisa y del velo con el que parecía querer cubrirla. Ana siente desde hace tiempo que aquella fascinación por el pintor de la luz oscurece un tanto su criterio artístico. Eso le había dicho hace mucho tiempo don Julio Porelló en una de esas tertulias con que se entretenían. La pintura no empieza ni termina con tu Sorolla. Tenía toda la razón, se dijo convenciéndose a sí misma de que ella no está detrás de la afición de su marido. Nadie usa el color blanco como él. Quizás lo admiró desde siempre. Eso parece querer decir cuando baja los ojos y el perfume de las celindas impregna su pensamiento. Graciela dejó la bandeja y mientras se quitaba las manoplas consultó el reloj que

colgaba de la pared. Deben de estar al llegar. Las cinco y media. De un momento a otro, doña Elena Aribau llamaría al timbre y la miraría con esa cara de despotismo a la que se iba acostumbrando. A veces la acompañaba su hija Rosaura, que no hacía sino escuchar a su madre y a su tía charlar de esto y de aquello sin intervenir nunca en esto ni en aquello. La verdad era que si no se parecía mucho en el fondo sí lo hacía en la forma. Era como ver un retrato de Elena de hacía veinte años. Por otro lado, la distancia entre las hermanas parecía agrandarse cuanto más próximas estaban. Ella alguna vez había comparado a una Aribau con otra sin encontrar la familiaridad en ningún rasgo físico. La belleza de doña Ana, quizás ya sin ser la misma, nada tenía que ver con la de su hermana ni sobrina. En el fondo, quizás sí se parecieran algo más de lo que cabría esperar a primera vista. Doña Ana era tan despótica como su hermana, pero tenía el tacto de no aparentarlo cuando había visita. Había llegado hasta esta certeza después de ir la rumiando durante las primeras semanas. Este mediodía, sin ir más lejos, la había tenido todo el rato del jardín a la cocina. Había tenido el antojo de almorzar en el porche. Tuvo que baldear la terraza. Cortar unas flores para la mesa. Recalentar la comida que la cocinera había dejado preparada. Llevar un plato y después otro desde la cocina al jardín y viceversa. Hacer la masa de las pastas entre uno y otro de sus caprichos. Ahora, por fin, parece que se ha relajado, se dice Graciela volviendo a mirar el reloj de pared. Escucha sus relajados pasos siguiendo al ruido que hace la puerta corredera al abrirla. Lo primero que hace es poner la vista en el jarrón. No quería flores marchitas en el salón, le había dicho ya esta mañana al salir para la iglesia. Graciela, con todo el trajín al que no estaba hecha, lo había olvidado hasta que la vio vestirse. Eso había pensado cuando las tiró a la basura. Ana intentaba borrar los pensamientos que habían traído tan a propósito las celindas y aquella poesía. Había cerrado el capítulo que tenía abierto o eso pretendía. La verdad es que Catalina se daba muy buena mano para la cocina. Los lenguados a la bella molinera estaban deliciosos. Casi tanto como los que

preparaba tía Enriqueta. Y luego estaba su carácter. Un acierto, la verdad. Ana Aribau recordaba muy bien la manera servil con la que la cocinera había llamado a la puerta del saloncito y esperado un buen rato hasta que la escuchó darle permiso para entrar. Catalina la había estado buscando por toda la casa. Graciela tampoco aparecía. Subió las escaleras y se asomó con timidez al cuarto de la señora. Era la primera vez que veía su dormitorio. La cama con baldaquín rojo llamó su atención. Sobre la colcha de verano había estirado un vestido del mismo color y la señal de haber estado sentada. Doña Ana, como le dije ayer, hoy tengo que salir antes. El tocólogo. Yo no creía que nadie siguiese usando esa palabra. Tiene su gracia en cierto sentido, se dijo mirando al día que se colaba por la ventanita que da al jardín. Esta mañana al salir temprano para misa ya se apuntaba el buen día que se ha puesto. Quizás merendaremos en el porche si la tarde se parece en algo a la mañana. Ana había dejado el libro sobre la mesita y observaba fijamente la idea de almorzar en el jardín. Su reticencia se debía a que tendría que luchar contra la torpeza de Graciela y la pesadez de los insectos. Se endominga la falda de su vestido rojo antes de salir decididamente a comunicarle a la muchacha que prepare la mesa del porche para el almuerzo. Hacía ya un par de horas que había vuelto de la iglesia. De confesarse. Algún que otro pecadillo de andar por casa. Un pensamiento impuro cruzando un breve momento por la cabeza. Un vestido que no la cubría convenientemente, quizás.

—Un pecado venial —respondió el cura llevándose la mano al alzacuello. Hacía calor verdaderamente. Intuía que su feligresía no confesaba otra cosa que lo que quería confesar. Se había tropezado alguna tarde con doña Ana de Quintanar cuando volvía de compras y le hubiese gustado registrarle la bolsa. Seguramente ella habría hablado más de sus pecados. Vestidos con la tela justa para ser llamados por ese nombre. Lencería vergonzantemente roja. Le habría requisado tan lasciva compra como penitencia, se dice intentando no pensar en los preciosos encajes y en el cajón donde intentaría olvidarlos. Ana, que iba ataviada con una rebeca, desechó la

idea de dar un paseo a la salida de la iglesia. El sol comenzaba a hacer de las suyas. Le hubiese gustado sentarse en una de las terrazas donde la gente desayunaba. Pero no se atrevía a hacerlo sola. Quizás si tropezase con alguna conocida. O desconocida. Eso pensé antes de levantar la vista y ver que venía hacia mí la viuda de Pereda. Parecía engordar por día. Nos saludamos efusivamente. Sus mejillas húmedas, que había olvidado, hacían tan repulsivo besarla. Intentando enmascarar aquella desagradable sensación perdí el comienzo de su intervención. Elena se echará a reír en cuanto le confiese que fue como besar a un batracio. Ana Aribau se convence de que no le dirá nada llegando a la postrimería de ese pensamiento que tiene que ver tanto con el final de *La Regenta* como con la bellísima Ana Ozores. El ruido que hace Graciela en la cocina la distrae antes de volver a ese encuentro de la mañana. Doña Rosa venía de sanar el cuerpo y no había podido hacer lo mismo con el alma. La verdad es que a mí la confesión no me había reconfortado tanto como otras veces. Quizás si no confiesas lo que de verdad te angustia no se halla la paz. Es como saciar el hambre bebiendo. La juventud del párroco y sus relaciones, que yo apenas conocía, me hacían retraerme nada más arrodillarme en el confesionario. Hay muchas formas de encarar la viudedad, doña Rosa. Yo solo conozco una, me exhortaría con su seriedad campando a sus anchas por su vasto y húmedo rostro. Quizás no sea prudente que Elena me vea con este vestido. Me cambiaré antes de que llegue. Se dirige con ese convencimiento al saloncito. Coloca el libro de poemas en su lugar como los afectos de su viudo. Desamor. Esa palabra pisa y besa uno y otro de sus labios un momento antes de que llamen a la puerta. Padre. Confieso que a veces pecco de soberbia. A veces trato al servicio de una forma muy desconsiderada. Humillante, en una palabra. ¿Solo a veces, hija?, me responde con un eco gregoriano que hace temblar los cimientos de la verdad que oculto. Desquebrajarse las hojas de acanto de las columnas corintias. Translucirse las túnicas blancas que se arremolinan alrededor de esa media verdad. Casi todas las veces. Quizás pierdo las formas en cuanto

algo sale mal. Rematadamente mal. Esta misma mañana la bañera está a punto de rebosar cuando la señora Aribau entra en el agua. La ha llenado tanto la muy idiota. Esos detalles le hacen tratarla de ese modo. Es tan torpe que no cree que sea capaz de hacer nada bien a propósito. Ni siquiera aparentar su torpeza. Esta tarde tiene que preguntar a Elena si conoce a alguien. Por muy mala que sea no será como esta. Ana intenta relajarse cerrando los ojos y sintiendo el agua caliente dilatar sus nervios. Recuerda la insustancial conversación de la viuda de Pereda y su sustancioso desayuno, la campechanía del camarero y la amonestación que le hizo. Se le quedó mirando con el mismo descaro con el que él la había mirado a ella. Graciela, que está en su habitación, ha puesto el vestido rojo sobre la cama y está asomada al balcón mientras el sol calienta su rubicunda cabeza. Sabe que la señora es aficionada a los baños largos. No saldrá antes de que me aburra yo. La cocinera, que busca a doña Ana, se asoma a su dormitorio y ve por primera vez la cama. Advierte el vestido que la espera sobre ella. No ve a Graciela, que fuma en la terraza y se palpa con disgusto el trasero. Le hubiese gustado probarse el vestido que ha descolgado del vestidor, pero tuvo miedo de hacerlo estallar. Parece tan pequeño que no sé cómo le cabe a ella. No es que las dos tengamos la misma talla, pero tampoco la señora es una sílfide. Apaga la colilla y la lanza lo más lejos que puede al jardín. Que la recoja el jardinero. Graciela entra y se pone a arreglar la cama. A borrar el hecho de que ha estado sentada leyendo unos papelotes que la señora guardaba en uno de los cajones de la cómoda. Nunca antes había visto una cama con dosel. Las borlas doradas se mueven con solo rozar el palio. Solo falta un marcado olor a incienso. Ha estado rebuscando de nuevo con el mismo éxito de siempre. Doña Elena está segura de que lleva un diario. Sabré recompensarte por tu desvelo, le dijo convencida de que lo encontraría y de que no dejaría de buscarlo hasta encontrarlo. Se queda observando con indolencia su propia indolencia. El vestido parece haber tomado el color del baldaquín. Un rojo de viuda negra. La señora no debe añorar mucho

al difunto. Cree haber entendido que murió este mismo año. Doña Ana sale con una toalla enrollada a modo de turbante en la cabeza. No deja de repetirle cómo quiere que haga las cosas. Está en el vano de la puerta escuchándola mientras se frota el cabello con la toalla. A Graciela le da pudor levantar la vista de su tarea. Estaba desnuda diciendo haz esto así haz lo otro *asao* con sus grandes tetas de abotonados pezones y su oscurísimo felpudo negro. ¿Y sigue teniendo un desnudo bonito o la edad le ha pasado factura?, le pregunta la cocinera dejando caer las llaves de la casa en su bolso. No sé, mujer. Nunca la vi antes. ¿No has visto la foto del salón? Parece una artista de cine cuando las artistas de cine lo parecían, sostiene Catalina de Miguel recordando a la Ava Gardner de aquella película que habían pasado la otra noche por televisión. Por la UHF, como decía ella. Su marido ni siquiera la vio aparecer, se quedó dormido poco después de que acribillaran al sueco. Dormía como un bendito cuando aquella pasión la hubo desvelado. Para qué iba a despertarlo. Doña Ana cierra la puerta de su dormitorio cuando Graciela sale con la colada y con la advertencia de que no vuelva a meter en la lavadora sus prendas delicadas. Se sienta en la cama y mientras empieza a vestirse recuerda la papada de doña Rosa de Pereda moviéndose a su arbitrio cuando corrió en pos del principio de siglo. Antes era tan distinta, Ana, que habría conocido a otra. Doña Rosa ha recordado, entonces, con una nostalgia plácida y juanramoniana sus mejores años. Las flores con las que adorna su juventud parecen pertenecer a un jardín ajeno y muy distinto al que se puede entrever. No me imagino su talle tan esbelto como dice que fue. Tenía un enamorado con cada vestido que estrenaba. Debían quedarle como otro enamorado más, le digo con una sonrisa que me devuelve con una gratitud que me hace sospechar que exagera un tanto. Como le decía, Ana, sembré una de miradas cuando paseábamos por el Sardinero. Ana Aribau no puede dejar de evocar aquellas casetas de rayas como aquellos trajes de baño de principios de siglo. A doña Rosa de soltera cambiándose mientras unos ojos la observan atentamente. Era mucho suponer que no se

acordara de esas miradas cuando las había nombrado con tanta complacencia. Doña Rosa tiene un pecho tan grande que parece que se va a salir por su escote y a mojarse en su café. No ha podido evitar pensar de esa forma y recordar ese pensamiento cuando Elena moja una de sus pastas. Me ha preguntado, entonces, por Graciela sin mencionar si le han gustado o no las delicias que ha preparado. Espero a que esta se pierda de vista para responderle. No soy tan benévola como pensé que sería con ella tras probar su repostería. Me aconseja firmeza para tratarla antes de aconsejarme podar el jazmín o cambiar la mesa de sitio. Y entonces me habla del precioso patio interior de la casa de doña Rosa. Ayer tomaron el aperitivo rodeadas de macetas y de una impagable conversación. Y no tuvimos que estar pendientes de que nos comiésemos una flor. Sonrió con timidez y disculpándose sin decir otra cosa aparte del rubor que malinterpreta. Elena Aribau da un repaso a las asistentes y ninguna sale bien parada. De doña Rosa critica su oportunismo. Siempre quiere quedar bien, excesivamente bien. Ha sido indulgente con las jóvenes solo porque nos acompañaba la sobrina de doña Gertru, cuando es la primera en demonizarlas. Cada tiempo tiene sus normas, dijo de forma complaciente mirando a los ojos de la joven y luego a los incrédulos de su tía. Ha sido la impulsora de la próxima cuestación en favor de los menesterosos, afirma Elena sentándose en la silla y mirando para la mesa toda llena de jazmines. En ese instante no veo más allá de sus palabras. Ahora sé que le ha molestado que se diera esos golpes de pecho cuando la idea había germinado tardes atrás producto del consenso. Estamos en la antesala de la inquina que le demostrará tener cuando avance la tarde. Empezamos a recoger los jazmines mientras la viuda de Pereda parece esperar a que volvamos a nombrarla.

—¿Esperas a alguien, Anuska? —me pregunta Elena mirando el hermoso vestido que llevo y la sonrisa con la que muevo la cabeza de un lado a otro. Eso mismo me había preguntado una vez que me había repasado los labios y contemplado en el espejo del recibidor. Lo había hecho con delectación. Preparada para recibir.

El viento apenas había alterado mi recogido, pensé no muy convencida de que fuera capaz de recogerme en ese escueto vestido. Había rememorado tardes pasadas y las había sentido como vestidas de rojo. Subía a cambiarme cuando llamaron al timbre. Graciela se asomó al salón. Le indiqué que abriera terminando de bajar el último peldaño. La desabrida voz de Elena contestó al amistoso saludo de Graciela. Estoy segura de que se conocían de antes. Alguna vez he sostenido que fue Elena la que le buscó este trabajo. Quizás la forma de tratarse una y otra esté detrás de esa certeza. Elena Aribau aparece en el salón con su gesto huraño de siempre. Le parece que el cuadro de Sorolla desentona con todo lo demás. Rosaura no la acompaña. Está en casa de Analía Aguilar desde después del almuerzo. Prepara con su hija mayor los exámenes finales. Sin darme cuenta levanté la vista al balcón del dormitorio de la casa de al lado. El único que daba a esa parte del jardín era el de su otra hija. Rosita Alcaide. Creo que la otra se llama María Alejandra. Apenas me la he tropezado un par de veces. Se parecen una a otra tan poco como los Cartones de Goya y sus Pinturas Negras. Las escenas goyescas tienen una luminosidad, un encanto en las mejillas sonrosadas de las muchachas... Discurría de esta forma cuando mi incipiente sonrisa se yuxtapuso con el semblante serio de Elena. Había recordado el montón de exámenes finales que le quedaba por corregir. Volver a leer cientos de veces a don Antonio Maura y a la Semana Trágica de Barcelona unidos en frases sintáctica y ortográficamente molestas de mirar. Las hormonas no ven mucho más allá de lo que tienen a mano o de lo que creen tener. Una lluvia de jazmines había vuelto a caer al levantarse de nuevo la brisa. Tuvieron que tapar las tazas con las manos y quitar alguno de la bandeja. El cielo seguía de ese azul tan azul. Un azul despeñaperros. Ana había cruzado los brazos, pues un escalofrío la había rodeado al apiadarse de los viejos tiempos. Elena diserta sobre ellos y sobre cómo han cambiado. De lo mal que lo han hecho. Su época favorita dista mucho de la presente. Coincide con el florecimiento de la burguesía catalana y su asentamiento a mediados de siglo. El

mundo parecía enteramente otro, afirma Elena Aribau recordando con nostalgia aquella clase social con las mejillas encendidas de un fulguroso rojo escarlata. A Anita le parece estar escuchando a su madre. En la forma y en el fondo. Se parecían tanto. Era su vivo retrato. Eso decían todos cuando repasaban las fotos antiguas. Las dos compartían un rostro donde no había quedado mucho espacio para la belleza. Unos ojos tan profundos donde cabía una maldad sin fondo, eso había garabateado alguna vez al recordar la madurez de una y la infancia de otra. La boca grande para censurar conductas ajenas y pequeña para las propias. Ahora mismo le había hecho un traje a la viuda de Pereda por unas faltas que podía recitar de carrerilla su confesor. Y su nariz. La misma nariz del abuelo. Don Josep Martí i Muntaner. Aquel apéndice que se hacía cada vez más grande y más rojo. Tu padre debe padecer del hígado, había dicho más de una vez Adolfo Aribau con buen ojo clínico. No me extraña, contestaba su mujer quedándose ahí. Parecía no querer entrar al casino donde debía de estar. Desde siempre había sido como su segundo hogar. Un hogar en el que las mujeres no aparecían hasta la tercera copa. El ambiente viciado de humo y de política se impregnó al vestido y al largo cabello de la señorita Martí i Muntaner. Era una atmósfera asfixiante. Quizás algún mal recuerdo le había hecho quedarse a las puertas de lo que venía a continuación. Nunca aclaró por qué nunca volvió a poner un pie en el casino. Quizás la oscuridad del salón, la del cielo, la de la mente o la de los ojos arrojen una luz diferente sobre ella y su maldad. Encima de la chimenea de la casa familiar colgaba el retrato del Dr. Aribau del brazo de su esposa. Lo había pintado un amigo de la familia. El mismo que había inoculado su afición a su hermano. Anita, muchas veces, se acercaba a contemplarlo. La muchacha se entristecía al observar la tristeza que inundaba el lienzo y su mirada. Era como un mar. Un inmenso mar. Apenas lo recordaba fuera del aquel marco, de aquella tristeza. Quizás no todo es lo que parece, se decía intentando evocar un momento feliz que sus tristes tías le hubiesen relatado alegremente. Era tan pequeña cuando murió que

a veces sentía que no recordaba sino los recuerdos de estas y los de sus hermanas. Para sus tíos este parecía no haber existido. El pintor había captado esa luz apagada de su persona como Claude Monet cuando salía en barca por Argenteuil atrapando la luz de ese instante. Esa impresión. Por el contrario, Elena Martí i Muntaner resplandecía a su lado con una luz que el artista había tomado prestada para ella. Una luz de candilejas. Iluminada por una belleza que no había tenido nunca, ni siquiera en la juventud de la que adolecía en ese momento que había recuperado su hija mientras Elena disertaba de los tiempos pasados. Había envejecido tan mal como un vino temprano, había dicho alguna vez Montse en voz baja observando el sueño tranquilo de su hija y la amorosa atención que le prestaba la pequeña Anita. Los misterios de la vida de casada interrogaban a la niña cuando su hermana mayor volvía a su casa empujando el carrito de bebé. Quizás cuando ella se case la autoridad de su madre se resquebrajará como una pintura al fresco. Ni siquiera es capaz de mirarla fijamente a los ojos. Enseguida aparta los suyos de su retrato. Vestía la señora Martí i Muntaner un traje largo y púrpura y una mirada enigmática que atraía enseguida la atención del espectador. Parecía mirar desde una altura que no tenía. Desde la misma desde donde se sentía mirada ella. Ana Aribau asintió a lo que decía su hermana, aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, mientras intentaba evocar el perfume que la brisa se había llevado hacía un instante. Miró tímidamente hacia el parterre y más concretamente hacia las celindas recién florecidas. Quizás se había puesto ese vestido por si se dejaba caer esta tarde como la tarde de anteayer. La conversación que habían mantenido le había recordado, no sabía por qué, a su añorada juventud. A los años florecientes. A aquellos felices días en los que el espejo la trataba como otro enamorado más. Había engordado desde que había llegado a la ciudad. El aburrimiento. Los almuerzos se habían vuelto copiosos y las cenas habían dejado la frugalidad de no hacía tanto. Apenas pudo meterse en el vestido cuando la última vez que se lo había puesto se deslizó suavemente desde sus hom-

bros. Tenía que poner freno a su gula. No quería que la próxima vez el vestido se quedara atrapado en sus caderas, en su pomposo trasero. Temía seguir el camino trazado por doña Rosa de Pereda. Sinuoso. Esta mañana en su compañía había recordado a su amiga de París y a ese París de entonces. Sentirse mirada de esa forma hacía tan encantadora esa mirada. Fingir que no se da cuenta, quizás, es el motor de esa placentera sensación. Todo empieza y todo acaba, piensa sintiendo que aquel París ya no existe. Las pequeñas mesas redondas de las terrazas vistas desde aquella ventana donde siempre habrá una parisina mirada de esa forma. Los comienzos son siempre más hermosos que los finales, se dice sin que haga falta volver a las celindas para sentir de ese modo. No se ha dado cuenta de que Elena se ha callado y que la observa detenidamente.

—Anuska, ¿en qué piensas? —le pregunta su hermana, que ha observado el silencio acomodaticio en el que se había arrellanado. Durante ese silencio, en el que ella levantó la vista hacia el azul de la tarde, las nubes, florecidas no hacía tanto, la tocaron sin moverse. Ana Aribau toma su taza de café después de responderle que pensaba en el vestido que había visto la tarde de ayer y del que se había enamorado.

—Y te lo comprarás —sentencia Elena mirando a su hermana vadear el silencio buscando una respuesta. Su mentira es tan profunda que no tiene fondo. Como su maldad.

—No. Lo llevaba puesto una joven... —y se detiene. Ha dicho una tontería por no confesar que se acordaba en ese momento de una antigua amistad y la razón inconfesable de esa amistad. Anna Simone y el vestido blanco que llevaba cuando la vio por primera vez. Tropezaron y a punto estuvieron de caer de bruces contra el suelo. La desconocida se disculpó con la joven.

—¿Conocida?

—No —responde lacónicamente deseando que la conversación se estanque con ese monosílabo como la pintura de Claude Monet en sus nenúfares. Ha dicho una mentira para cubrirse y no ha hecho sino lo contrario. Desnudarse impudicamente. Ha puesto

sobre la mesa sus más íntimos pensamientos. Le ha faltado confesar que la desconocida había sido muy conocida en una época anterior. Y que el vestido podía ser el que se mecía con el viento en el balconcito desde donde observaba el horizonte terminar antes de hacerlo París. Elena sospecha que su breve respuesta oculta una gran mentira. Ana baja los ojos sintiendo que ha mentado tan mal que habría dicho menos diciendo más.